

# RELICARIO — para — INSOMNES

JOSE LUIS CANTOS





**Presenta**

Colección  A sangre



# Relicario para insomnes

José Luis Cantos

**Créditos:**

## **Relicario para insomnes**

**Primera edición digital:** mayo 2016

**Código:** 9785400038635050083

**Autor:** José Luis Cantos

**Ilustración de portada:** Martín de Diego Sádaba

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Cosas que te quitan el sueño

El terror no solo varía en intensidad. También en cuanto a esencia presenta naturalezas distintas. Puede ser puntual, un susto, como el llamado terror de gato, o verse ligado al asco, a la repulsión, como en el *gore*. A veces reposa en la propia anticipación del lector –como en el temor de la puerta, esa que no sabes a dónde te conducirá– o incluso en aspectos metafísicos: el horror cósmico, el de ultratumba, el existencial... De entre todos ellos, hay uno que exige un equilibrio delicado, una mano particularmente hábil a la hora de desarrollarlo: la inquietud. Como cuando envenenas a tus invitados, hay que cuidar mucho las dosis, no permitir que el sabor haga saltar las alarmas antes de tiempo, dejar que la situación se macere hasta el punto exacto. Funciona como las bandas sonoras, casi fuera de plano, pero su efecto es demoledor.

Por supuesto, los autores nunca –o casi nunca, si somos rigurosos– trabajan con elementos puros. Aquel que opte por la casquería zombi la aderezará, en muchas ocasiones, con miedos ancestrales de

fondo o con algunos resquemores en la trama, e incluso el que se vuelca en el suspense decimonónico puede verse tentado por una imagen espectacular para el cierre de su laberinto. Es algo, además de inevitable, deseable. Sin embargo, cuando toca presentar una obra resulta práctico buscar un asidero, una cadena de la que ir tirando y que nos sirva de espinazo. Esta cadena cuando hablo de **José Luis Cantos**, de su *Relicario para insomnes*, es, sin duda, la inquietud, ese arte delicado de poner los pelos de punta al lector sin que se dé cuenta, de cambiar la mirada que posa sobre su entorno.

El rosario de historias que hemos recopilado en este libro –sí, a veces los editores tenemos el inquietante privilegio de participar en la confección del listado final de relatos– se puede entender como una panorámica de años de escritura, de peldaños que han ido construyendo la voz propia de un autor. Pero también, al mismo tiempo, es un mosaico que habla de un tipo muy particular de terror: de ese al que nos condenamos el día que el hombre decidió vivir en sociedad.

Como suele ocurrir cuando un autor no escribe solo por escribir, sino en una suerte de exorcismo en el que aborda –a veces inconscientemente– temas

que le inquietan, hay un hilo conductor que engarza estas historias dispares que aquí os presentamos. Ese hilo conductor es el propio hombre, pero no en solitario, sino con sus semejantes. Hablamos del temor al vecino, a la persona que está a nuestro lado en el discurrir de la vida, bien porque la hayamos elegido, bien porque es así como crecemos los seres gregarios. El temor, en definitiva, a nosotros mismos, a nuestra naturaleza oculta.

Las estructuras familiares, la búsqueda de lugares propios, la convivencia con los demonios personales, la ansiedad de la bestia que late bajo el pellejo civilizado, las tradiciones nuevas o ancestrales, los pecados originales, a veces banales, las fronteras, los espacios vitales... Estos son los elementos con los que **José Luis Cantos** pavimenta el camino por el que, noctívagos, deambularemos sin rumbo aparente, picoteando anécdotas, tragedias y cuentos como cuervos curiosos. Solo un resquemor apenas oído delata que tras este baile de máscaras late un mismo pulso, una inquietud común que se nos va contagiando.

En efecto, *Relicario para insomnes*, a pesar de tratar temores cercanos, no se restringe al ámbito del retrato urbano de *a la vuelta de la esquina*. Bien al

contrario, transita con comodidad por escenarios que nos remiten a la fantasía oscura, al relato histórico, a una suerte de costumbrismo casi goyesco e incluso a las estancias algo dislocadas del realismo mágico. Además, el mosaico no se consume en un primer plano, sino que va sembrando esos ecos que terminan por darle toda su dimensión: el conjunto de la antología gana frente a los relatos náufragos al crear un cuadro mayor, un diálogo. Lejos de adoptar la identidad de un cicerone de ultratumba, pontificador y distante, el autor nos abre ventanas que nosotros mismos podemos conjugar. El entramado es sutil, delicado, pero está presente. Late.

Es quizás por ello que *Relicario para insomnes* deja una impronta que va más allá de los momentos puntuales, que se asimila quizás a un sabor, a un regusto en el paladar cuya silueta resulta difícil de trazar con precisión. Un fantasma que no se puede fijar a base de diseccionar influencias, estilo y estructura.

Un fantasma que es posible que os quite el sueño. Aunque no tengáis que escribir un prólogo sobre él. Aunque solo sea al hipnotizaros con su prosa mientras permean sus sombras a través de vuestras pupilas.



Un fantasma que hay que conocer para descubrir por qué este relicario es algo más que narrativa.

**Juan Ángel Laguna Edroso**

A mi familia.  
A Cecilia: amante, musa, amiga. Compañera.  
A los que sueñan.

## Insomnio

**M**ás allá de mi ventana, la luna me observa: blanca, quieta; un ojo muerto. El viento mece las calles, que ya visten las intermitencias multicolores de la Navidad.

A mi espalda, sumergido en la oscuridad del dormitorio, el minuterero sigue lanzando estocadas al aire, me recuerda que la madrugada avanza hacia el alba, y que yo aún sigo despierto.

Aún sigo despierto.

Un suspiro se enquistaba en mi garganta, emergiendo como un ronquido agotado.

Apoyo la frente contra el cristal. Su tacto frío me prensa la cabeza.

Es un dolor dulce.

Examino el exterior. No encuentro a ninguno. Cierro con fuerza los ojos, pruebo a conjurarlos entre susurros con la esperanza de abrir los párpados y ver a esos borrones esquivos vagando por las calles.

No están. No hay gatos.

Intento olvidar su ausencia contemplando las fachadas de los edificios situados tras el mío. De las

ventanas cuelgan adornos navideños, guirnaldas y ristas de bombillas como hileras de luciérnagas renqueantes. Media docena de papanoeles de trapo se aferran a sus escaleras de hilo e intentan asaltar los balcones. Me sacudo horripilado.

Odio la Navidad: se lleva a los gatos.

Bajando la vista, alcanzo a distinguir los patios de mis vecinos, separados cada uno por su tapia. Allí las sombras se condensan y flotan a ras de suelo como neblina sobre una ciénaga. Observo con detenimiento. Quizá tenga suerte y dé con alguna silueta felina contorneándose sobre el murete o deslizándose entre aquellas macetas, o simplemente vagando por la losa como una mancha de tinta.

No veo a ninguno. Se han ido.

Tengo la sensación de ser el blanco de alguna mofa del azar. Hasta hace poco más de una semana estaban allí, bajo mi portillo, solazándose en su señorío nocturno, arqueando sus colas y relamiendo sus garras entre melifluos ronroneos. Y maullando. Maullando en celo todas las noches como si acunaran a los insomnes, como si en su canto luctuoso escondieran algún tipo de encantamiento que me servía para conciliar el sueño. Por aquel entonces no era consciente de ello; los maullidos

estaban allí, no eran más que otro instrumento en la sinfonía de la noche, ajeno a mis oídos ignorantes. Entonces, sin previo aviso, dejé de dormir, y no se debió ni al estrés, ni a la desidia de los días siameses.

Caí en la cuenta: con la llegada del frío, los felinos habían huido a barrios donde no soplara este hálito glacial. Y con ellos se llevaron sus nanas; mi descanso.

Hace días que malduermo, dando cabezadas durante el día, abriendo a la noche mis párpados llenos de vigilia.

Por las tardes salgo a andar. Me gusta engañarme y creer que lo hago para mantener la forma o para desembotar mi cerebro hastiado de rodar entre las cuatro paredes de la habitación. Me miento, y me gusta. Es como si precisara sentirme partido en una extraña bipolaridad: diurna y nocturna. Disfruto oyendo a las dos partes conversar en mi cabeza. La que se mantiene en pie durante el día sale a andar, creyendo que así aumentará mi esperanza de vida, que fortalecerá mi corazón ante posibles achaques. La que habita de noche asiente con una sonrisa, sabiendo que en realidad salgo a la calle para destrozarme las piernas, para sudar mis grasas y

llegar a casa con los músculos entumecidos. Presto a entregarme al colchón y al sueño.

No funciona. No duermo.

Así que me arropo con la mentira primigenia: que salgo a pasear por gusto, y me voy fijando en detalles que –y aquí vuelvo a mentirme– me gusta creer que solo yo percibo. Hoy por ejemplo, en mi paseo calle arriba, calle abajo, me he parado a pensar en el olor de las personas. El rastro invisible que dejamos tras nosotros al caminar. Me ha sorprendido comprobar cómo todo el que ha pasado junto a mí –un cuarentón en plena forma con el iPod enganchado a su chándal de marca, una pareja de ancianas compartiendo calor en un abrazo esmerado, o una jovencita lidiando con una manada de yorkshires– todos, sin excepción, olían bien. Incluso el corredor.

Colonia para salir a sudar. Curioso.

Tales pensamientos vuelven a mi mente ahora, mientras miro por la ventana, buscando gatos que me arrullen. Aunque no es solamente la ausencia de sus ronroneos lo que me mantiene en vela esta noche. Hay algo más: un martilleo tenue y constante que marca los segundos a fuego. Llevo varias horas observando a un vecino que trajina en su patio. Viste

un anorak pardo, cubre su cabeza con la capucha; en la mano, un martillo.

Construye algo...

Son las tres de la mañana.

Esta tarde me he encontrado con un chaval y su padre en el ascensor. Viven en mi mismo piso, no tengo muy claro en qué número. El padre, escuálido y sonriente, pasaba el brazo por encima de los hombros de su retoño. El peque parecía sacado de un telefilme navideño: ojos grandes y claros, media melena al cazo, brillante y sedosa, tan limpia que podía distinguirse a la perfección un pelo de otro.

—Mire, señor —se ha dirigido a mí, enseñándome una caja de zapatos llena de muñecos de plástico—, me los ha regalado mi papá.

—¡Qué chulos! —Soy experto en demostrar falsa efusividad. Deberían darme un puto diploma por ello.

Luego el chaval me ha ignorado. Supongo que una vez mostrada su colección, el desconocido del ascensor ha dejado de tener interés para él. El padre me ha sonreído de manera que casi se podía leer: «Estos niños...» grabado en su frente.

Hemos bajado del ascensor a la vez, y tomado caminos opuestos, despidiéndonos con la frialdad de quien comparte hábitat pero no vida.

El niño no paraba de mirar su caja de zapatos colmada de juguetes.

Y yo me he sentido triste, muy triste. Como si por primera vez fuera consciente de todo lo que jamás recuperaré... Aunque en realidad no es así. Pienso en ello constantemente. Todas las noches.

El hombre del anorak lleva varias madrugadas trabajando en su patio. Monta una caseta, una de esas miniconstrucciones elaboradas con el mismo plástico de los retretes portátiles; un bloque gris de dos metros de altura, anodino y triste como la Navidad misma. El tipo entra, sale, martillea, tachona, maldice. Se le ve apurado.

Está levantando un espacio en su patio, un refugio dentro del hogar.

Y a estas horas...

La extravagancia de la situación me hace sonreír.

Quizá no soy el único afectado por la ausencia de los mininos.



En mi pueblo –me gusta llamarlo así aunque nunca fue tal y pronto será solo una barriada más de la urbe que lo va devorando todo– la Navidad viene y se va a hurtadillas, igual que un niño que se cuelga en el cuarto de sus padres para registrar sus monederos. Da la sensación que ni ella misma pretende ser celebrada. Sí, los supermercados se acicalan con villancicos en el hilo musical y elementos brillantes de *todo a cien* pegados en las cristaleras. Y en la fachada del hospital cuelgan una miríada de luces que –como me pregunto siempre que paso junto a él – no sé si se reflejarán en las pupilas de los enfermos que habitan las entrañas de ese gigante de hormigón.

Donde vivo, la Navidad es una fiesta vacía, llevada por la inercia.

De modo que ya casi ni me percató de esas postales de catálogo que llenan las aceras; fotogramas de envoltorio tan deslumbrante como falso: los niños saliendo del colegio vestidos de pastorcillos, la castaña asada y el «Felices Fiestas» repitiéndose en fogonazos epilépticos a lo largo de la calle Mayor. Como dije, prefiero fijarme en los detalles minúsculos. Nimios y auténticos. Durante mi paseo diario, me he detenido junto a una farola. En ella, pegada con cinta adhesiva, había una

compresa usada con una mancha marrón y simétrica en el centro que me ha hecho pensar de inmediato en el test de Rorschach. Bajo el apósito, a modo de anuncio personal, una ristra de tiras de papel con un número de teléfono impreso. No me ha sorprendido comprobar que casi todas las tiras habían sido arrancadas.

No sé cuántas noches llevo sin dormir.

Sigo observando la madrugada deshaciéndose contra el cristal como un copo de nieve sobre una sartén.

Estoy tan cansado que por momentos tengo la sensación de que el cuadro trazado ante mí, con los edificios, sus fachadas y sus patios, va a caer mostrando al fin lo que la realidad esconde bajo la falda.

Oscilo levemente sobre las plantas de mis pies resentidos. He andado durante horas, rodeando la misma manzana una y otra vez; un satélite sin sistema solar.

Pero no puedo dormir, y para colmo mi vecino constructor tampoco aparece. El único entretenimiento que me quedaba...

Un momento.

Ahí está. He tenido suerte. Ya pensaba que me tocaría arrastrarme hasta el colchón y anclar las pupilas al techo durante horas.

Va vestido de Papá Noel, qué desilusión. Logro atisbar el relleno que abulta su vientre falso y cómo cimbreo la barba postiza bajo su mandíbula.

Incluso arrastra un saco de esparto, un saco que... ¿Se mueve?

Adoso mi frente al cristal –abriría la ventana y me asomaría al exterior pero la doble hoja tiene por costumbre chirriar cuando la desplazo, y no quiero perder esta oportunidad de exquisito voyeurismo–, puedo sentir en las córneas el frío que mana de él.

Efectivamente algo se agita en el interior del costal mientras Santa Claus lo remolca hasta la caseta de plástico.

Cuando la puerta se cierra, cesa todo movimiento, la noche vuelve a quedar pausada.

El corazón me va a estallar.

Me atrevo abrir levemente la ventana. Apenas unos centímetros; la rendija exacta para que el aire invernal del exterior se cuele en mi cuarto con su silbido de quietud.

Entonces ocurre. Lo oigo.

Arranca desde abajo, desde una nota grave y trémula. Luego va trepando por la escala, desgarrándose en el trayecto, hasta explotar en un llanto sostenido que me embriaga. Es un niño. Un niño que llora en el interior de esa caseta de plástico.

El parecido es asombroso. No puedo contener las lágrimas. Es como si hubieran vuelto. Doy media vuelta, secándome los ojos con la palma de la mano. Me recuesto lentamente sobre mi cama, me concentro en ese cantar fúnebre y añorado, en esa melodía fatídica y hermosa. Permanezco a la escucha temiendo que el llanto acabe demasiado pronto, mas únicamente decrece para volver un segundo más tarde, preñado de un dolor aún mayor.

Simplemente precioso.

Cierro los ojos.

Duermo.

Desde entonces aguardo la llegada de Papá Noel con la ilusión del niño que ya nunca seré. Él me trae el descanso en su costal de gritos: a veces es una niña la que patalea mientras la introduce en la caseta; otras, gemelos. Casi siempre, bebés.

El hombre de rojo me regala un sueño dulce y profundo como nunca lo imaginé. Rara es la noche que no cumple.

Ya ni recuerdo cómo suena un maullido.

Así que rezo –quién me lo iba a decir–. Rezo. Para quedar estancado en este invierno.

Rezo.

Para que esta Navidad sea eterna.

## Ella

**D**espués de follar como animales sedientos; tras habernos lamido cada pliegue de la piel, ella se sienta al borde de la cama y comienza a vestirse. El suave haz de luz que entra por la ventana me permite adivinar su silueta bajo la ropa.

—¿Hasta cuándo? —le pregunto exhalando la última calada del cigarrillo.

Se gira, mirándome por encima del hombro. Me parece ver una sonrisa triste, pero no responde. Se desliza en el interior de los vaqueros como, hasta hace un momento, me deslizaba yo sobre su vientre. Suavemente.

No nos despedimos; nunca lo hacemos. Me limito a verla salir del cuarto. Segundos después oigo cómo se cierra la puerta de la entrada y sus pasos se pierden en el eco del edificio. Me quedo arremolinado entre sábanas húmedas, encerrado entre cuatro paredes que aún huelen a su sexo, meditando en silencio.

Al día siguiente me levanto y voy a la oficina con su imagen aún fresca en mi lengua. Me cuesta concentrarme en el trabajo. Ruedo por el escritorio, mis ojos terminan por desviarse hacia el techo e imaginar su torso y su cuello balanceándose sobre mí. Me llevo las manos a la cara. Es agradable comprobar que, pese a la ducha matutina, su olor sigue en mis dedos: un perfume denso y agrio incrustado en cada uno de mis poros. Procurando ser discreto, lamo las yemas y encuentro algo de *Ella*.

Sobre el mediodía ya ha desaparecido todo resquicio de ayer. Entro en el ascensor con la cabeza gacha, hundida entre los hombros, y la mirada fija en la punta de mis zapatos. El estrecho habitáculo huele a limpiacristales y, piso tras piso, se va llenando de personas que también aprovechan el descanso para comer.

Nadie huele como *Ella*.

La puerta se abre y todos salimos a presión hacia la cafetería. Observo cómo se forman grupos alrededor de las mesas, alguien pide por todos, se escucha un chiste; se suceden las risas. Yo me mantengo ajeno a esos rituales.

El ascensor vuelve a abrir sus puertas y a vomitar otro grupo. La cafetería se va llenando y yo voy

quedando más solo. Al llegar a la barra, me encaramo a la silla con desgana y pido un café que ahogo en azúcar. La chica que me atiende es muy bonita. La juventud brilla tersa en sus mejillas y en el prometedor escote. Viste un horrible uniforme naranja con rayas verdes y gorro a juego; por su expresión, parece odiarlo. Me pregunta si quiero algo para acompañar el café. Ese es el único momento en que nuestras miradas se cruzan; la suya es de párpados casi cerrados, cansada, de vuelta de todo. Supongo que la mía es semejante pero con un tono de tristeza que se acumula en los extremos arrugados de mis ojos. Pienso en el bien que me haría que alguien me sonriera, quien fuera. Niego lentamente con la cabeza y la camarera se aleja arrastrando los pies. Aprovecho para mirar la otra cara de su figura; le falta gracia al andar, pero sus curvas son evidentes. Bonito trasero.

La chica desaparece tras una puerta al final de la barra y, mientras apuro el café de un sorbo, divago: ¿Qué ocurriría si fuera tras ella? Seguramente la espiaría desde algún rincón de la cocina mientras tira la basura o friega las tazas, me acercaría sigilosamente por detrás y la besaría tras las orejas, me abrazaría a su cintura. Subiría su falda, bajaría



sus medias e incrustaría mi rostro entre sus nalgas. La buscaría con la lengua...

Agito la cabeza ahuyentando la fantasía. Un escalofrío me recorre la espalda.

«¿Qué estás haciendo?», me digo. «¿Acaso no ves que no es *Ella*? No es *Ella*, no es *Ella*»

—¿Más café?

La camarera interrumpe el trance. Caigo en la cuenta de que tengo los ojos empañados y me apresuro a sacar un pañuelo para secarme las lágrimas. No me gusta llorar delante de desconocidos. En realidad, no me gusta llorar delante de nadie.

—Tranquilo, no se preocupe —dice, pero en su voz no hay compasión ni empatía, parece uno de esos contestadores automáticos que ponen las grandes empresas a cargo del número para las reclamaciones—. Aquí llora mucha gente: la mitad de la oficina está jodida.

Me rellena la taza y vuelve a perderse tras la puerta de la barra.

Intento que ese tono de voz ausente no socave aún más mi ánimo. Tras echarle un vistazo a la esfera de mi reloj, acabo el café y le dejo a la camarera una

buena propina. Me alejo pensando en *Ella*, en lo mucho que la echo en falta.

Entro en el ascensor junto a un grupo de desconocidos con el que comparto ocho horas al día, se abre su boca metálica y nos devuelve a la rutina.

Contengo el llanto.

El resto de la semana transcurre como un calco de aquel lunes ceniciento, lo único que varía es mi ánimo, lleno de subidas y bajadas, como una montaña rusa. A medida que se acerca el viernes, va mejorando.

Su piel está cada vez más cerca.

El viernes parezco otra persona, estoy lleno de una falsa alegría que incluso me hace sonreír. Cojo el día libre en la oficina y lo dedico a limpiar la casa de arriba abajo cuando lo único que realmente necesitamos es un colchón. En realidad, limpio para matar el tiempo, estoy tan nervioso que creo que el corazón me va a salir por la boca.

Ella llega una hora tarde, después del ocaso. Le abro la puerta intentando parecer distante; duro. Aún viste la ropa del trabajo, ese maldito uniforme naranja a rayas verdes. Lleva manchas de café en la camisa. La invito a pasar y esquivo esa mirada

indiferente que aún esgrime, esa mirada vacua que me mata. Apenas hablamos –continúa con su maldito juego– y cuando se dirige a mí lo hace como si estuviera frente a un desconocido.

Hoy hacemos cuatro años; creo que no se ha dado cuenta, tampoco se lo digo.

Es en el instante en que entramos en la semioscuridad de mi cuarto y la ropa resbala desde los hombros hasta los tobillos, cuando se convierte; vuelve a ser *Ella*. Y yo enloquezco, olvido el sufrimiento de toda la semana. Libero sus senos del sostén y los encadenó a mis manos. Lamo desde su ombligo hasta la punta de su nariz. Se retuerce contra mi cara cuando hundo la lengua entre sus piernas y se arquea como un junco con cada embestida. La siento temblar entre mis manos cuando por fin el orgasmo la alcanza como un rayo.

–¿Hasta cuándo? –le pregunto mientras se viste.

Ella no me contesta, creo que sonrío. Realmente no quiero saber cuándo terminará este juego suyo; esta mentira macabra que acepté vivir, pues sé que ese día la perderé para siempre. Para mi sorpresa, se marcha diciendo: «Hasta el viernes que viene», segura de que, aunque sea incapaz de darme una

palabra, una mirada de cariño, iré el lunes a la cafetería para verla.

«Maldita seas, tú y tu juego», murmuro con voz quebrada cuando ya se ha ido. Y vuelvo a quedarme sumergido en el silencio de mi habitación, solo y tembloroso, preguntándome por qué demonios la amaré tanto.

## Larvæ

Cuando el sol refulgía en su cenit, salió del cobertizo con la frente sudorosa, el torso húmedo y la camisa arrugada. Estirar los brazos y entregarse a los mordiscos minúsculos de las agujetas le hizo sentirse vivo después de una semana con el culo encajonado tras un escritorio repleto de papeleo; vivo al fin.

Menos mal, pensó, que cada fin de semana podía retirarse a su casa de campo y trabajar en el huerto, tallar sus propios muebles —llevaba casi un mes dándole forma a una mesa que sería la pieza central del salón—, sentir el estrés burocrático deshacerse en la hinchazón de sus callos.

El estomago le rugió y él alzó una sonrisa.

Mediodía del sábado: todo un fin de semana por delante.

Comió más temprano de lo habitual, estaba completamente hambriento. Cada bocado le supo a gloria.

La casa —nada ostentosa, un salón unido a un baño, una cocina y un dormitorio; sin pasillos— y el

pequeño cobertizo eran dos puntos color ladrillo incrustados en la amplitud de su parcela; casi un par de hectáreas de terreno que había conseguido por un precio de esos que no aceptan un «no» por respuesta. Su mujer... Su ex mujer le repitió hasta la saciedad que aquello era un despilfarro innecesario, que no necesitaban una casa en las afueras. Ignorarla y pedirle el divorcio, dos grandes aciertos.

Más tarde, tras una ducha bien fría, salió desnudo al porche y contempló cómo el día, herido de muerte, se desangraba en un ocaso ámbar y violeta. Una brisa caliente acarició cada recoveco de su anatomía. Ni un vecino en kilómetros a la redonda. Abrió los brazos, como si quisiera agarrar aquel segundo de felicidad y lacrarlo, encerrarlo en lo más hondo de su ser; suspirar hondo y no expulsar el aire.

Regresó un momento al interior de la casa y encendió las luces exteriores –varias tandas de focos halógenos que rodeaban la parcela–, se embutió en unos vaqueros y puso algo de música. Sin más interrupciones que la de algún vehículo esporádico recorriendo la autopista a lo lejos, Bruce Springsteen interpretó *Everybody's got a hungry heart* a todo volumen, solo para él, única y exclusivamente.

Salía de nuevo del cobertizo limpiándose el sudor cuando le llegaron tres bocinazos desde el otro lado del muro que circundaba la propiedad. Dos faros centellearon contra los cipreses de la entrada y el murmullo de un motor se aposentó en la puerta.

Cris había llegado.

Se secó las palmas de las manos sobre los vaqueros y corrió a abrir.

Un rasgueo eléctrico, la puerta deslizándose sobre sus rieles y el Toyota de Cris quedó aparcado junto su Mercedes.

Había algo en Cris que le volvía loco, y no se trataba del sentido del humor de la muchacha, como tantas veces había perjurado en la oficina cuando ella le preguntaba. Eran sus piernas, las mismas que ahora, acabadas en la punta fina y brillante de unos zapatos de tacón negros, asomaban por la puerta del auto; dos extremidades de un tono canela muy sutil, largas y contorneadas.

Sonrió excitado. Le hacía gracia pensar que aquel par de piernas siempre se adelantaba a su propietaria: al entrar en su despacho, en un restaurante o en el cine, daba igual, esos muslos

focalizaban toda atención, llegaban siempre antes que ella a cualquier parte.

—Hola, guapa —le susurró mientras la ayudaba a bajar del coche—. Llegas algo pronto.

—Me aburría en casa, Samu. —Ella se abrazó a su cuello y apretó fuerte, y puede que sintiera que algo extraño sucedía porque, cuando se separaron, sus ojos verdes se habían empañado con una pequeña duda—. ¿Estás enfadado? ¿Quieres que me vaya?

—No, no, no, guapa, qué va. —Rió aferrándose al culo prieto de la joven; le encantaba la ingenuidad de la que su secretaria hacía gala. Le ponía terriblemente cachondo—. Es solo que me gusta saber cuándo vas a venir.

—Bueno... Quería darte una sorpresa.

Giró sobre sí misma como una bailarina en una caja de música con un toque de *stripper*. Sus manos pequeñas, de finas uñas, acariciaron el vestido corto y negro que la envolvía como a un dulce.

Él no vio el momento de penetrarla. La boca se le llenó de saliva.

—¿Te gusta?

—Me encanta, nena. Me encanta.



Tomaron cena fría: redondo de ternera y vino blanco. La charla escasa sobre el trabajo, el ambiente en la oficina y otras banalidades apenas pudo demorar unos segundos el momento inevitable en el cual, tirando de una cremallera, Cris quedó desnuda sobre sus zapatos de tacón. El vestido negro resbaló cadenciosamente por su cuerpo, como un trapo inútil, un capullo ajado que guardaba en su interior una piel reluciente, bronceada, con sabor a coco.

Follaron en el salón, sobre el sofá. Follaron a oscuras en su dormitorio y follaron sobre la encimera marmórea de la cocina. Follaron en el cuarto de baño, frente al espejo, los bucles dorados de Cris bailoteando con cada embestida.

—No ha estado nada mal, Samu... —suspiró ella—. Nada mal.

Notó el aliento de la muchacha, caliente y entrecortado, cerca del cuello.

—Todo puede mejorarse, nena.

Rieron.

Luego guardaron silencio, y, durante unos segundos —solo durante unos segundos—, tuvo la sensación de sentir algo por Cris, como si compartiera con ella algo más que la cama.

–Tengo hambre –dijo de pronto, incorporándose y deshaciendo el abrazo–. ¿Quieres picar algo?

–¿Cena en la cama?... ¿Por qué no? –exclamó ella, cediendo a la tentación.

Él estiró el brazo y encendió la luz.

–Nunca me había fijado en esta lámpara... –divagó Cris, completamente desnuda sobre el edredón, jugando distraída con su ombligo–. Es bonita. ¿De qué está hecha? ¿De marfil?

–El día que empieces a fijarte en mi mobiliario tendremos un serio problema. –Rió, sentado al borde de la cama.

–¿Por qué dices eso?

–Significará que ya no follamos lo suficientemente bien. Que ya no nos vale el recuerdo del polvo, que tenemos que rellenar el tiempo con conversaciones de mierda.

Salió del cuarto entre sus propias risas, desnudo, con una película de sudor adherida a todo su cuerpo.

–Eres un gilipollas –rezongó ella desde el dormitorio.

Accionó el interruptor de la cocina y sacó de la nevera lo que había sobrado del redondo, prácticamente toda la pieza. Cortó una loncha fina

que devoró de un solo bocado, luego sirvió dos porciones algo más generosas en sendos platos.

El grito fue agudo y se mantuvo varios segundos rasgando la mejilla del aire, igual que una cuchilla bien templada.

En tres zancadas se plantó de nuevo en el dormitorio. La lámpara de la mesilla rodaba por el suelo y, en una esquina, Cris envuelta en el nórdico respiraba agitadamente.

—¿Qué ocurre?

—¡Dios! ¡Qué asco! —gritó, señalando la almohada.

Avanzó con cautela hacia la cama, hasta que divisó algo pequeño sobre la cabecera. Al inclinarse sobre la misma descubrió dos pequeños gusanos que se retorcían sobre la almohada. Dos diminutos gusanos, de no más de un centímetro de largo, que contorsionaban sus cuerpecillos amarillentos.

—¡Qué asco! —volvió a exclamar Cris cuando él agarró una de las larvas entre el índice y el pulgar y la examinó, ceñudo—. ¡Haz el favor de soltar eso! —le espetó desde la esquina del dormitorio, arrebuajándose aún más en el nórdico.

—Tranquila, nena, son solo gusanos.

—¿Solo gusanos?

–Estamos en el campo –replicó con un tono demasiado paternal como para no resultar hiriente.

–Lo que tú digas, pero tira eso al váter, joder.

Obedeció, por supuesto; aunque Cris fuera un poco neurótica no iba permitir que aquellos seres insignificantes le truncasen la expectativa de otro buen polvo. Tiró de la cadena y las dos larvas desaparecieron por la garganta del retrete. Cuando regresaba al dormitorio, se topó con Cris en la puerta del baño, el rostro acorazonado de la muchacha lívido de puro terror.

–He oído algo –susurró—. Fuera.

–Oh, vamos, nena. Te has asustado. Solo eran dos gusan...

–Te digo que he oído algo –le espetó.

La chica tenía miedo, era obvio. Sin ni siquiera ponerse encima una bata, arrastró sus zapatillas afuera. Los focos seguían encendidos; en el improbable caso de que hubiera algo en el patio, no tendría ni una sombra donde ocultarse.

–Nada.

Cris no lo oyó entrar y dio un pequeño respingo.

–¿Nada?

—He mirado en el cobertizo, tras la casa e incluso debajo de los coches. Nada. ¿Qué haces?

La muchacha, sentada al borde de la cama, agarraba el sujetador con una mano mientras con la otra buscaba las bragas sobre el colchón.

—Me voy.

—Espera, espera... ¿Te vas?

—Sí, no me encuentro muy bien. Se me ha revuelto el estómago.

—Vamos —dijo él, acuclillándose frente a ella—, ¿en serio te vas a ir por unos bichitos?

—¡Odio a los bichos!

—...Y fuera no había nada.

Se sentó a su lado, pasándole el brazo sobre los hombros. La joven miraba al suelo, pero él le agarró suavemente la barbilla y la obligó a levantar la vista.

—Vamos, nena, no ha sido nada.

Abrazada a su ropa interior, medio cuerpo envuelto en el edredón y con el miedo conturbando los ojos grandes y melosos, Cris presentaba un aspecto que se le antojó delicioso. Ante él se mostró la niña que, a sus veintipocos, ella trataba de ocultar con maquillaje y aires de mujer adulta.

—Estás preciosa cuando te asustas —le susurró al tiempo que, lentamente, la hacía tumbarse de nuevo

sobre la cama. No iba a desperdiciar el candor pétreo que comenzó a extenderse a lo largo de su miembro.

Cuando el domingo amaneció, la esencia a sexo aún flotaba sobre ellos. Apenas cruzaron unas palabras en el desayuno. Ninguno mencionó el incidente con los gusanos.

Ella le besó en la mejilla añadiendo un «nos vemos en la oficina». El «te quiero» se dibujó en sus labios pero, como tantas otras veces, quedó reducido a un mohín extraño e incómodo que frunció el rostro de la muchacha.

Él murmuró alguna despedida vaga e incomprensible: aún le pesaban los ojos y no tenía humor para tonterías.

Cuando Cris abandonó la parcela y el sonido de su automóvil murió en la distancia, él no dudó en entrar a la casa y volver a acostarse. Se sentía realmente cansado.

Sus sueños fueron húmedos y terroríficos. La mujer aparecía en ellos, y no dejaba de reír.

Despertó pasado el mediodía, con la boca pastosa y la zona lumbar engarrotada, como si en vez de

media botella de vino blanco, hubiera pasado toda la noche bebiendo.

Los ojos le ardían. Estaba sediento.

Bebió casi un litro de leche directamente del cartón y se vistió con sus vaqueros y su camisa. Seguro que un poco de trabajo —estaba deseando terminar la mesa— le vendría bien.

Al salir de la casa y recibir de lleno la lluvia de luz blanca, creyó sentirse un poco mejor y sonrió.

«Un poco de resaca», pensó. «Solo es eso... Ya no tienes treinta, amigo».

Trotó hasta el cobertizo, silbando alguna cancioncilla animada.

Una brisa caliente seesteaba a los cipreses que rodeaban la parcela como un ejército verde. Bajo el arrullo escondido de las chicharras tumbadas a la sombra, apenas podía intuirse el zumbido de las herramientas.

Sudaba, pero estaba helado.

Giró la vista, levantándola por encima del hombro, y observó el fuego de la chimenea donde su camisa y sus vaqueros, tiznados de rojo, ardían.

Un escalofrío lo sacudió. Escondió las manos bajo las axilas y se embozó un poco más en la bata.

No tenía sentido. ¿Cómo podía tener tanto frío en pleno mayo? ¿Qué diablos le sucedía?

Fuera, la temperatura no bajaba de los veintiocho grados, la casa absorbía los rayos de sol como un desagüe se traga el agua. El fuego en la chimenea chisporroteaba y crecía, calentando todo el salón —él mismo alcanzaba a sentir en la nuca el candor desprendido—, pero tenía las puntas de los dedos y la nariz helados y endurecidos. Su mandíbula castañeteaba, el sonido le recordaba a los aspersores de agua en un jardín. Y algo le pesaba en el pecho, un dolor en la pleura, como si los bronquios estuvieran saturados de flema.

La lasaña precocinada que se había calentado seguía intacta en el plato, frente a él. A cada ojeada el montón de bechamel y carne le resultaba más vomitivo.

«Joder... ¿Qué carajo me pasa?»

Puede que hubiera cogido frío durante la noche anterior, puede que cuando Cris creyó oír algo fuera y él salió desnudo...

«Mierda, tío», se dijo, «estás incubando una gripe».

Quizás fuera eso.

«O puede que...»



No, eso no. Era imposible.

La idea le hizo estremecerse de nuevo. Un vacío creció en sus tripas y tiró de él hacia abajo.

El acceso de tos le sobrevino de repente, una convulsión que curvó todo su cuerpo. Con cada arremetida los pulmones se le hinchaban y vibraban como sonajeros en su pecho. La sangre se agolpó en la frente y le lloraron los ojos.

Cuando amainó la tos, su campo de visión estaba alborotado y lleno de pequeñas chispas brillantes que, poco a poco, fueron desapareciendo.

Tragó saliva. Respiró hondo.

Retorciéndose y casi confundiéndose entre las briznas de queso gratinado que cubrían la lasaña, vio gusanos, pequeños y amarillentos.

Ni siquiera tuvo tiempo para volver a preguntarse qué demonios le estaba ocurriendo. La tos regresó, más violenta que antes. Sintió el cuello hinchado y dolorido, como si en lugar de aire sus pulmones expulsaran arena y espinas.

Se levantó de un salto y la silla emitió un estruendo al chocar contra el suelo.

Desorientado y aún tosiendo, se llevó las manos a la boca, como si así pudiera impedir aquel ataque. Cuando pareció calmarse de nuevo, se miró las

palmas: entre la sangre, nadaba una docena de gusanos.

No fue consciente de que gritaba con la fuerza de todo su ser hasta que salió afuera y el eco de aquel lugar alejado de todo le devolvió su propio lamento.

—No... No puede ser... —susurró limpiándose las manos sobre la bata—, no puede ser... ¡No puede ser que esa puta me haya hecho esto!

Cruzó el patio a la carrera y embistió con el hombro contra la puerta del cobertizo.

El olor dulzón, a podredumbre y sangre reseca, y el vuelo mudo de las moscas no le resultaron tan analgésicos como en otras ocasiones.

La mesa en la que había estado trabajando durante las últimas semanas seguía allí, a falta de la última pata —o lo que era lo mismo, tres o cuatro fémures más— para quedar completa. La mujer, la gitana a la que secuestró el viernes cuando esta, en un semáforo, se acercó a la ventanilla de su Mercedes para venderle un paquete de pañuelos, también seguía allí; encadenadas las manos, con un tiro en la frente y una pierna amputada.

Desde el umbral de la puerta, donde su figura trémula y encorvada quedaba recortada por la luz

del patio, miró el cadáver de la mujer y sintió el cuerpo cristalizar puro terror.

El nuevo ataque de tos terminó en arcada, y la arcada en un charco sanguinolento sobre el suelo de hormigón. Decenas de gusanos se retorcían, como un engrudo latente, sobre el lecho rojo sangre.

—No puede ser...

«Estás podrido», le había dicho aquella zorra gitana, antes de que él la matara. «Estás podrido por dentro. Y por el alma de mis abuelos que pagarás por esto.»

—No puede ser... —repitió con la boca llena de saliva, sangre y mitades de larvas.

Un cosquilleo corrosivo reptó entre sus pulmones, ascendió por el esófago. Supo que, con la siguiente convulsión vomitaría algo más que sangre y gusanos.

Miró por última vez aquel cadáver que descansaba recostado contra la pared y, bajo el nubarrón negro de las moscas que lo devoraban, creyó atisbar una media luna de dientes: una sonrisa que, aun muerta, babeaba regocijo.